

**ESTUDIOS DIALECTOLOGICOS
EN EL CARIBE HISPANO:
UN DESAFIO. EL CASO DE LA
REPUBLICA DOMINICANA**

**MAXIMILIANO A.
JIMENEZ SABATER**

Hace hoy exactamente un año, se inició en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico un encuentro de investigadores y docentes, que compartían una inquietud común: la de percibir con mayor claridad y rigor científico el estado real del español hablado en las islas y litorales del mar Caribe. Se llamó a ese encuentro Simposio sobre "Corrientes actuales en la Dialectología del Caribe Hispánico". Su trascendencia, a mi juicio, ha sido y será insospechadamente relevante para los estudios de lingüística española.

En efecto, por primera vez se traducía en una realidad concreta, aquella conciencia —admitida pero más o menos entumecida— de un sistema dialectal característico en esta zona del mundo hispanohablante.

El organizador de ese acontecimiento no vaciló en expresar aquel día que la situación en que se hallaba aún el conocimiento de nuestro español del Caribe era prácticamente de *terra incognita*. No obstante, manifestó asimismo sus esperanzas por superar ese cuadro penoso. Y sustentó esta visión optimista en una serie de datos nada desdeñables; entre éstos: las valiosas ayudas con que cuenta hoy día la dialectología en materia tecnológica, la aceptación por casi todos de un

Ponencia presentada al Segundo Simposio sobre Dialectología del Caribe Hispánico celebrado en Santo Domingo del 1 al 3 de abril de 1977 bajo los auspicios del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC).

marco teórico sólido como premisa indispensable para obtener resultados confiables en este campo que es ya una ciencia, y por último, el entusiasmo de un número creciente de lingüistas interesados en incursionar dentro de nuestros horizontes dialectales.

Ahora bien, todos estos factores, a mi entender, no aseguran por sí solos el resultado óptimo esperado. Considero más bien que el pasado Simposio fue el que vino a brindar el ingrediente esencial que faltaba: el de la cohesión humana.

Claro está, a la larga, esfuerzos disgregados habrían llegado a despejar poco a poco las dudas y las incógnitas. Y las investigaciones dispersas acabarían por brindar, a la postre, una red de isoglosas bastante satisfactoria. Pero si algo se puso en evidencia el pasado año en Puerto Rico, fue un espíritu solidario entre todos los participantes en un empeño por la búsqueda desinteresada de la verdad científica en nuestro ámbito dialectal. Y es justamente en esta actitud a la vez tan singular y tan estimulante donde creo ver los indicios que prometen alcanzar con relativa inmediatez la meta ya señalada.

Pues lo que separados conseguíamos en diez años, aunados lo lograríamos en cinco o acaso en menos. Y cuando digo aunados me refiero tanto a un nivel individual, como institucional.

En este sentido el ejemplo de la República Dominicana puede ser tal vez significativo.

Como sabemos, este país ha permanecido prácticamente al margen de las corrientes más novedosas de la lingüística y por ende, de la dialectología, al menos en cuanto a investigaciones se refiere.

El mismo libro de Pedro Henríquez Ureña, *El español en Santo Domingo*, publicado en Buenos Aires en 1940, era sin dudas mucho más conocido en el extranjero que en nuestro suelo y ha venido a ser prácticamente descubierto aquí después de su segunda edición, realizada por nuestra Secretaría de Educación en 1975.

También a la Secretaría de Educación debemos la publicación de la obra de Elercia Jorge Morel, titulada *Estudio lingüístico de Santo Domingo*. Su autora, por supuesto, se inició en las disciplinas lingüísticas en Puerto Rico, donde redactó básicamente su estudio. Un año después, en el mismo, 1975 sale a la luz el trabajo de Jiménez Sabater *Más datos sobre el español de la República Dominicana*, basado, como era de esperarse en una tesis doctoral presentada en Madrid.

Mayor disgregación geográfica de focos formativos difícilmente podría lo-

grarse. Por si esto fuera poco, en esos mismos años de la primera mitad de esta década, un dominicano, Pablo Golibart, se enrolaba también en los quehaces lingüísticos y dialectológicos, esta vez tomando como base de operaciones la Universidad de Kansas; al tiempo que otro joven de nuestro país, Rafael Núñez, comenzaba a interesarse en las mismas disciplinas desde la Universidad más septentrional de Minnesota.

Mientras tanto, empezaba a tomar cuerpo en la Universidad Autónoma de Santo Domingo una investigación dirigida por otro dominicano recién egresado de la Universidad francesa de Grenoble, Rafael Mejía, atraído asimismo por los estudios dialectales. Simultáneamente, en la Universidad Interamericana de Puerto Rico se realizaban otros intentos de aproximación al dialecto dominicano como las tesis de Valentín Acosta sobre el español de Santiago de los Caballeros—inédita— y la de Vicenta Caamaño, recientemente publicada y puesta en circulación en estos mismo salones, con el título de *La lengua campesina en la narrativa costumbrista dominicana*.

Todo esto podría parecer simpático o inclusive saludable, a no ser por un detalle de relativa importancia: prácticamente ninguno de los arriba mencionados, salvo escasas excepciones, tenía la más mínima noción de lo que los demás estaban realizando en campos tan allegados. La dispersión de los esfuerzos era la norma.

No es sino desde 1975 cuando los que residimos en esta media isla comenzamos a darnos cuenta de que existimos como grupo con afinidad de intereses. Y esto lo debemos —justo es mencionarlo— a la labor de divulgación y actualización que nuestro muy apreciado colega y amigo Humberto López Morales ha venido brindándonos periódica y desprendidamente desde hace dos años.

Con anterioridad a su primera visita, en la que nos ofreció una visión apretada y enjundiosa de los derroteros por los que transitaba entonces la gramática generativa, no se había cobrado conciencia en la República Dominicana, al menos a nivel colectivo, de la importancia que revestían los estudios lingüísticos en general y dialectológicos en particular, desde una perspectiva realmente científica.

Bien es cierto que, a modo individual, varios dominicanos veníamos ya aventurándonos en algunas teorías lingüísticas desde la década del 60; pero no es menos real que en las universidades dominicanas primaba aún el estudio del lenguaje desde un ángulo meramente normativo, ajeno a las modernas corrientes de la lingüística.

Es tan sólo a comienzos de la presente década cuando empiezan a soplar

en nuestras aulas, como hálitos renovadores y sorprendentes, los enfoques estructuralistas europeos, muchos de los cuales habían caducado ya en los centros más avanzados del viejo continente. Ello a pesar del precedente que representaba la gramática de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, supuestamente difundida y enseñada en nuestros liceos secundarios. En cuanto al estructuralismo americano, nunca nos llegó de él sino la sombra que proyectaban algunos textos elaborados para la enseñanza del inglés a extranjeros.

Ocioso sería hablar del análisis generativo-transformacional en nuestro medio universitario. Salvo singularísimas excepciones ningún profesor dominicano ha osado utilizar en clase una interpretación generativa del español, cuanto menos del dialecto dominicano.

Antes bien, persisten muchos con su enfoque normativo tradicional o, cuando sonríe la suerte, emplean algunas interpretaciones estructuralistas más o menos actualizadas.

La escasa bibliografía sobre temas lingüístico-dialectales publicada en nuestro país desde 1975 deja traslucir claramente este divorcio entre lo que nosotros consideramos relevante y lo que está realmente ocurriendo en las esferas lingüísticas del mundo moderno. Puesto aparte el libro ya mencionado de Vicente Camacho, las obras de E. Rodríguez Demorizi —Lengua y flokllore en Santo Domingo— y de Juan Jacobo de Lara —Léxico y nomenclatura en documentos del descubrimiento— revelan más bien áreas de interés y puntos de vista bastante alejados de los asuntos y temas que analizan y cuestionan hoy día los lingüistas y dialectólogos atraídos por las variantes diasistemáticas del español del Caribe. Con todo, poseen dichas obras un relativo valor informativo que es justo admitir. En cuanto a todo lo publicado antes de esa fecha en nuestra tierra, remito a los interesados a las reseñas que aparecen en el último capítulo de *Más datos sobre el español de la República Dominicana*.

Ahora bien, como hube de señalar hace breves instantes, nuestro panorama comienza a tornarse súbitamente alentador desde las sucesivas y aleccionadoras visitas de Humberto López Morales a nuestra isla.

Con este hecho se inicia la etapa que me atrevería a llamar de conciencia colectiva en cuanto se refiere a la situación de los estudios lingüísticos y dialectológicos dominicanos. Y ya comienzan a despuntar algunos frutos: en efecto, en el reciente No. 22 de la revista *Eme-Eme Estudios Dominicanos* aparecen dos artículos sobre temas dialectales de nuestro país. El primero "Indigenismos en el español hablado en Santiago" es una seria clasificación estadística de frecuencias que anuncia todo un replanteamiento de la obra de Emiliano Tejera *Palabras indígenas de la isla de Santo Domingo*. Su autor es Orlando Alba y la metodolo-

gía empleada se acerca mucho a la utilizada por López Morales en sus *Tres calas léxicas en el español de La Habana*.

El segundo artículo corresponde a Pablo Golibart y versa sobre los "Orígenes de la vocalización en el habla cibaëña". Su tesis se basa muy particularmente en los indicios brindados por Alvarez Nazario en *La Herencia lingüística de Canarias en Puerto Rico*.

No obstante estos alentadores presagios, me luce pertinente destacar que la nueva situación a la que nos abocamos constituye para nosotros no un punto de llegada, sino de partida y antes que un logro, un desafío. Un desafío desde diversos ángulos.

En primer término, y a nivel individual, no podemos contentarnos aquellos que ya hemos cobrado conciencia de nuestras inquietudes comunes, con mantenernos simple y llanamente en esta fase. Tenemos el deber de difundir esa conciencia a todos los docentes y estudiosos del lenguaje en nuestro país. Y por encima de todo debemos mostrar cada vez más un espíritu de solidaria cooperación, tal como el que precedió al Simposio de 1976 en Puerto Rico y como auguro que reinará en este de 1977. Es un reto que nos atañe a todos por igual. En segundo lugar, nos toca afrontar un desafío a nivel institucional.

Todos los centros de educación superior de la República Dominicana están contestes en un punto: la formación y destreza lingüísticas de los bachilleres dominicanos en su lengua materna son, en el 90 por ciento de los casos, sencillamente desastrosas. A título de ejemplo brindaré una muestra que escribió hace pocos días un estudiante del Instituto Tecnológico de Santo Domingo en su examen de español. Se les pedía a estos flamantes bachilleres que construyeran una oración en la que utilizaran los siguientes vocablos "cultos": *escrúpulo*, *genuino*, *beodo* y *enigma*. Pues bien, he aquí, en reproducción textual, el maravilloso resultado: "El estaba beodo y al ver el *escrúpulo* se puso tan *genuino* y se dijo: Ay, mi mujer no está *enigma*". La profesora, que dicho sea de paso es argentina y por primera vez impartía docencia a este nivel, estuvo al borde del desmayo.

Mas lo que en estos momentos nos mueve a risa, no deja de ser —lo sabemos todos— una realidad tristísima.

Al lado de este ejemplo podríamos añadir miles en donde la comunicación escrita se torna punto menos que en una labor digna de Champollion, tanto a nivel léxico como morfosintáctico; y no mencionemos ya el ortográfico, donde se suman a las arbitrariedades que de suyo conlleva el sistema del español general, todas las inadecuaciones fonéticas propias de nuestros dialectos caribeños.

Pero volvamos a nuestro punto de partida, es decir, el desafío que tal estado de cosas implica a nivel institucional. Los centros superiores de educación, ante el fracaso más o menos notorio de sus cursos complementarios de español —que en definitiva no remedian nada, pues no son sino meros remiendos— levantan el índice acusador hacia los maestros de secundaria. En respuesta, la Secretaría de Estado de Educación señala que son las propias universidades las que preparan a los susodichos maestros. Y el problema se convierte en el viejo dilema de quién apareció primero, ¿el huevo o la gallina?

Evidentemente existe una explicación sociológica ligada con el fenómeno de la democratización acelerada de la enseñanza en el mundo actual. Con todo, no podemos dejar de percatarnos de la responsabilidad que todos nosotros tenemos en el problema aquí y ahora.

Únicamente si aunamos esfuerzos por demostrar que esta realidad sólo se podrá superar llegando a sus raíces y extirpándolas, y que este proceso debe realizarse a todos los niveles de la enseñanza escolar, lograremos entrar por la vía correcta.

Pero para conseguir esto, es preciso un apoyo resuelto de todos los organismos responsables de la educación del país, tanto a nivel público como privado.

Cuando se le conceda la suficiente importancia al profesor de español, cuando se le impartan suficientes cursillos de capacitación lingüística y dialecto-

Cuando se le conceda la suficiente importancia al profesor de español, cuando se le impartan suficientes cursillos de capacitación lingüística y dialectológica, cuando se le permita tener grupos de estudiantes en un número razonable, y tiempo para realizar con éstos ejercicios suficientes a la vez que disponga de horas libres para la auto-superación, entonces y sólo entonces empezará a variar el panorama tan deplorable al que venimos aludiendo.

Es de lamentar que algunas instituciones no educativas *strictu sensu*, pero sí responsables de salvaguardar en cierta medida el nivel de uniformidad de la lengua oculta en nuestra nación, reciban una atención tan secundaria por parte del Estado. No digamos ya asociaciones como la filial dominicana de ALFAL, que sobrevive por obra y gracia de individuos como Rafael González Tirado o George Lockward. Pero incluso organismos de relieve internacional como la Academia Dominicana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, languidece en tal estado de penuria económica (pues solamente recibe la irrisoria suma de 150 pesos mensuales), que con harta dificultad podría llevar a cabo su misión de centinela lingüístico.

Se impone, pues, un empeño común por obtener el debido respaldo de todas las instituciones y organismos del país comprometidos de alguna manera en mejorar el grado de comunicación lingüística de todos los sectores socioculturales que componen nuestra comunidad.

Ahora bien, sólo una política de educación permanente y de respaldo a la investigación científica en el ámbito dialectológico, permitirá que se alcancen estos objetivos.

De ahí la necesidad de mantener una vez más aquel espíritu de cohesión entre individuos e instituciones, a fin de no publicar vanamente los esfuerzos y de no poner cortapisas inconscientemente en una labor que todos estamos llamados a cumplir.

Podrán argüir algunos que un centro de investigación lingüística no constituye hoy por hoy una prioridad de primer orden para la República Dominicana. Dejando a un lado, por controversial, lo endeble de tal razonamiento, bien podríamos vislumbrar nosotros la realización de investigaciones y actividades de divulgación científica en el campo de la dialectología del Caribe hispánico, sin necesidad de adquirir costosos equipos de laboratorio cuyo mantenimiento a duras penas podríamos asegurar. (Por supuesto, para obtener los resultados óptimos es preciso coordinarse también de la mejor manera posible.)

En este sentido invoco también la solidaridad tanto de individuos como de instituciones extra-nacionales, pero hermanados con nosotros por vínculos de afinidad científica y profesional.

Todos saldríamos fortalecidos en este esfuerzo mancomunado. Dadas las condiciones tan peculiares de los subdialectos del español del Caribe todo hallazgo realizado en una parcela dada, ya sea a nivel descriptivo o teórico, tendría seguramente repercusiones fecundas en el análisis e interpretación de ese u otro fenómeno en las zonas restantes. Investigaciones coordinadas entre universidades dominicanas y extranjeras, obteniéndose un aprovechamiento máximo de los recursos disponibles en cada país, con seguridad contribuirían a arrojar luz sobre tantos fenómenos lingüísticos que continúan siendo incógnitas en el Caribe hispánico.

Pléñese tan sólo en las consecuencias que para toda la cuenca antillana acarreará la conclusión de ese magno trabajo que representa El léxico básico del español de Puerto Rico.

Y de igual manera sucedería con otros muchos intentos de mayor o menor envergadura que podrían emprenderse en los planos morfosintácticos y fonológicos.

No ignoro que existen ambiciosos proyectos como el Programa interamericano de lingüística y enseñanza de idiomas que, de hecho, ha obtenido ya merecidos logros. Empero tengo el presentimiento de que el Caribe hispánico podría constituir en breve un laboratorio de incalculable valor científico para todos los dialectólogos y lingüistas no sólo el ámbito hispánico, sino de todas las latitudes.

Sabemos que la aplicación de modelos generativo-transformacionales se revisa y rectifica constantemente al confrontarla con la realidad de un dialecto dado, abriendo a menudo el camino a nuevas interpretaciones del marco teórico general.

Por otra parte, no escapa a nadie la relevancia que tendrían para el estudio de otros dialectos hispánicos, sean estos americanos, canarios o peninsulares, los resultados sólidamente fundamentados de investigaciones dialectológicas llevadas a cabo en el Caribe hispánico.

Con todo, este presentimiento mío está aún por plasmarse en realidades concretas. Sin embargo, este 2do. Simposio sobre Dialectología del Caribe Hispánico da la impresión de no traicionar mi intuición. Vemos reunidos aquí, de manera entusiasta y desprendida a la vez, a toda una serie de estudiosos venidos de Caracas, de Mayagüez, de Buffalo, de San Juan de Puerto Rico, de Madison-Wisconsin, de Los Angeles, de Minnesota, de Madrid y, por supuesto, de muy diversos lugares de nuestra isla. En todos ellos, muchos de los cuales se encuentran entre investigadores de recocida talla internacional, adivino el mismo espíritu que nos animó el pasado año en San Juan; ese espíritu de auténtica búsqueda por encontrar lo que los otros nos pueden aportar y de solidario deseo por brindar aquellos conocimientos que pensamos pueden enriquecer a los demás.

En suma, creo reconocer en todos los aquí presentes la verdadera actitud científica, primer peldaño indispensable hacia una meta que hace dos años podía parecer una utopía, pero que hoy, al dejar inaugurado este 2do. Simposio, vislumbro ya como una realidad más que cercana, inminente.

RESUMEN

El ejemplo del Primer Simposio sobre "Corrientes Actuales en la Dialectología del Caribe Hispánico" —celebrado en San Juan de Puerto Rico en 1976— permite abrigar sólidas esperanzas respecto a un futuro trabajo en colaboración dentro de esta área hispánica mal conocida desde el punto de vista lingüístico.

La República Dominicana se ofrece hoy día como caso típico de lo que

podía ser el producto de una serie de esfuerzos disgregados sin objetivos comunes. Sólo a partir de 1975 comienza a perfilarse una especie de coincidencia entre los dominicanos interesados en problemas lingüísticos y dialectológicos.

Con todo, la escasa bibliografía publicada recientemente en el país revela —salvo raras excepciones— notorias deficiencias que a su vez traslucen la falta de actualización teórica en este campo dentro de nuestros ámbitos universitarios.

Se espera que eventos como los Simposios sobre Dialectología del Caribe Hispánico contribuyan a dar paso a una nueva etapa de colaboración estrecha, tanto a nivel individual como institucional, en el área del Caribe. Sin duda repercutirá esto positivamente tanto en el dominio educativo, aplicando los hallazgos de las futuras investigaciones a la enseñanza de la lengua materna, como en el plano de la actividad puramente científica.

ABSTRACT

The precedent established by the First Symposium on "Current Tendencies in the Dialectology of the Hispanic Caribbean" —held in San Juan, Puerto Rico, in 1976— allows us to be optimistic about future teamwork and cooperation in this neglected area of Hispanic Linguistics.

Research in the Dominican Republic can be singled out as a typical example of multiple efforts being made without a common goal. Only after 1975, do we begin to see a trajectory of convergence among Dominicans interested in linguistics and dialectal problems.

All in all, the scarce materials published in this field in recent years reveal —except in rare instances— notorious deficiencies which clearly reflect a lack of knowledge of present-day theory in our universities.

It is hoped that events like the Symposia on the Dialectology of the Hispanic Caribbean will contribute to engender an era of close cooperation at both the individual and the institutional levels in the Caribbean area. They will, no doubt, have a positive impact on education —by applying the findings of future research to the teaching of our common language— as well as on other types of purely scientific activities.